

Departamento de educación de la División Sudamericana, *Pedagogía adventista*. Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2024. 160 pp.

El libro *Pedagogía adventista* es un abordaje reflexivo, analítico y propositivo sobre la educación desde una perspectiva bíblica. Ha sido producido por el Departamento de educación de la División Sudamericana bajo la dirección autoral del Dr. Tito Goicochea Malaver y la colaboración de reconocidos pedagogos y teólogos adventistas. Nace con la finalidad de actualizar, proveer y proponer los fundamentos bíblicos para la educación cristiana adventista y contribuir a la misión educativa. El libro está organizado en cinco capítulos que se analizan a continuación.

El primer capítulo trata sobre la *teología de la educación adventista* (TEA). Comienza afirmando que la TEA “es un estudio esencial que busca comprender los principios y fundamentos que guían el proceso educativo desde una perspectiva bíblica y adventista” (p. 18). Sostiene que existen cuatro etapas en las que se desarrolla la trama humana: creación, caída, redención y restauración. En cada una de ellas interviene la educación. En la creación, Dios es el Creador y crea al hombre cuyas facultades eran perfectas. Además, fue provisto de un ambiente ‘educativo’ donde podía reflejar la imagen divina. Este era el modelo educativo en el principio. Luego, con la caída debido al pecado se afectó esta perfección. Se alteraron sus facultades, relacionamiento, ambiente, desarrollo y propósito original; sin embargo, Dios estableció tareas ‘educativas’ para su bienestar. La redención, gracias a Cristo, permite restaurar (educar) al ser humano al reconciliarlo con su Creador. Esta obra redentiva debe renovar las capacidades del ser humano. En esta etapa, la Escritura es la fuente primordial y se la propicia en el hogar, la iglesia y la escuela. Finalmente, la restauración es la esperanza suprema para la educación adventista ya que implica una nueva realidad donde todo será transformado y volverá a la perfección original. Por tanto, la educación adventista se constituye como la depositaria de la educación bíblica y el instrumento de preparación para la educación venidera.

Este primer capítulo argumenta ofrecer “una visión integral y esperanzadora que alinea la misión educativa con los propósitos divinos a lo largo de la historia de la salvación” (p. 47). Es una perspectiva particular que esquematiza el marco de la cosmovisión bíblica sobre la educación y en cada etapa se alimenta con pasajes literales. Desde mi perspectiva, la sistematización de TEA requiere mayor rigurosidad ya que una ‘teología’ implica una estructura epistémica, no solamente una selección de textos dispersos. Es posible encontrar elementos ‘educativos’ en los textos bíblicos; sin embargo, estrictamente, el sentido de cada uno de ellos podría ser otro. No obstante, pueden asumirse como pasajes ‘homiléticos’ o ‘pedagógicos’ que ayuden a la perspectiva teológica del libro. Como no se ha elaborado hasta

el momento, una teología sobre la educación adventista, sino solamente una filosofía, el libro ofrece aportes primarios y útiles al respecto.

El segundo capítulo desarrolla *los principios fundamentales de la pedagogía adventista*. Esta es una parte más analítica y filosófica sobre la praxis educativa ya que se propone “explorar la intersección entre la revelación divina y la aplicación pedagógica” (p. 49). Realiza una evaluación de la educación como fenómeno, considerando las etapas anteriores. Asimismo, presenta la relación Dios-hombre-medio ambiente como instancias de la realidad que la educación no debe prescindir. Sostiene que de esta relación armoniosa dependía el desarrollo de la educación en el paraíso. Sin embargo, esta realidad fue interrumpida por el pecado de manera que la relación entre Dios, el hombre y el medio ambiente quedó afectada. En esta condición, la educación adventista tiene una función restauradora y se constituye como una alternativa a las corrientes de pensamiento que han intentado ‘educar’ al ser humano, pero sin resultados prometedores. Si bien este capítulo es una reflexión sobre la educación, requiere de mayor discusión y comparación con las distintas perspectivas educativas ya que no todas han sido erradas como el libro afirma. Más bien, la *educare* siempre ha tenido objetivos positivos que deben ser rescatados y no rechazados. Incluso pueden hallarse elementos de verdad en las corrientes educativas ya que la educación adventista tampoco prescinde del lenguaje educativo en su práctica.

El tercer capítulo aborda el tema del currículo integral restaurador. En esta sección se revisa el aspecto curricular donde se “muestra el marco de un plan de estudios integral, diseñado para desarrollar una comprensión profunda del propósito divino para cada estudiante” (p. 60). Establece cinco puntos importantes: 1) los elementos curriculares dados por Dios; 2) los ejes curriculares de un plan de estudios de la educación adventista; 3) la organización del plan de estudios en una institución educativa adventista; 4) el enfoque de integración de la fe; y 5) la implementación de un currículo que incluya el desarrollo armonioso de todas las facultades. Esta sección es una propuesta sólida de un sistema curricular que incluye todos los aspectos del desarrollo del ser humano y sus implicaciones más allá del aula.

El texto sostiene que *los elementos curriculares establecidos por las Escrituras* son: el conocimiento de Dios; el estudio y cuidado de la naturaleza; el trabajo útil; la conciencia sobre los problemas de la vida; y el servicio. Afirma que estos elementos son inherentes en la escuela del Edén, la de los profetas, la de Jesús como estudiante; y la del más allá. La dificultad con esta perspectiva es en cómo justificar ‘los problemas de la vida’ en el Edén y en la escuela del más allá. Esta parte necesitaría aclararse más ampliamente. Por otra parte, cree que *los ejes curriculares del plan de estudios de la educación adventista* deberían ser estudios básicos sobre el cuidado del cuerpo, el dominio de la lengua materna y alguna lengua extranjera, las matemáticas y las tecnologías de la información y comunicación. Otros ejes curriculares

serían el estudio de la Biblia, la naturaleza y la ciencia; los temas del gran conflicto; y la formación del carácter a través de hábitos virtuosos, el trabajo útil y el servicio abnegado. Estos ejes, desde mi punto de vista, son el mejor aporte del texto ya que sistematiza de manera metodológica el marco conceptual de la pedagogía adventista.

En cuanto a *la organización del plan de estudios para una institución educativa adventista*, el texto propone que debe considerarse el nuestro¹, pero que no sean totalmente distantes de lo que el Estado establece. Además, propone que debe complementarse la formación ‘curricular’ mediante actividades o programas cocurriculares que permitan el desarrollo del estudiante. Estos deben ser transversales y fomentados por el personal administrativo y docente. Afirma que *la integración de la fe* “incluye no solo el aula, sino todo el aspecto de la educación, tanto curricular como co-curricular, desde una perspectiva bíblica” (p. 82). Propone que la educación adventista debe dosificar los contenidos de las materias y orientarlos según la cosmovisión bíblica de manera que la perspectiva de la creación, caída, redención y restauración sea visible. Finalmente, plantea un *currículo que atienda el desarrollo de todas las facultades* y prepare al educando para esta vida y la venidera.

Pienso que este capítulo debería atenderse en formas más diversificada. Si bien el currículo establece lineamientos macrofilosóficos sobre la educación adventista; tiene limitaciones cuando se trata de descender a un nivel menor, como en el caso del currículo nacional. En realidad, el desarrollo de contenidos sigue dependiendo, en gran medida, de lo que establece el Estado, esto, pese al diseño de unidades o planificaciones anuales. Aunque es una buena propuesta tener planes de estudio únicos, admito que genera más dificultades que logros. Es preferible establecer principios curriculares según la cosmovisión adventista, en lugar de elementos específicos ya que la realidad de cada país es distinta.

El cuarto capítulo ofrece un modelo didáctico adventista. Afirma que la didáctica consiste en “desarrollar estrategias, técnicas y recursos que optimicen el proceso de enseñanza-aprendizaje” (p. 91). Bajo esta premisa, es posible desarrollar ‘estrategias didácticas’ diversas y no solamente una. Además, cuando se estudia la pedagogía de Cristo, puede notarse una didáctica variada cuyo orden no siempre seguía los paradigmas tradicionales. El texto considera apropiadamente que los componentes esenciales de la didáctica son los siguientes: estudiante, docente, saberes o conocimiento, me-

¹ Es una propuesta sobre un plan de estudios adventista. Es una intención justificada; sin embargo, la educación adventista debe considerar los lineamientos curriculares nacionales de cada país. Lo que sí puede realizarse es elaborar un plan articulado y diversificado según la filosofía adecuada que desarrolle competencias.

todología y aprendizaje. Sin embargo, pienso que debe considerarse también al ambiente y el contexto ya que estos elementos están presentes en cada sesión de aprendizaje.

Según la perspectiva adventista, el sujeto de la educación debe ser tratado con un ser integral, no solamente como alguien que reproduce el conocimiento o determina el contenido. Sugiere que el docente no debe actuar como instructor, sino como guía en la transformación integral del estudiante. La didáctica, por su lado, no debe limitarse al conocimiento técnico, sino también a la enseñanza en valores. Esto será posible únicamente cuando el maestro enseñe y viva lo que cree. Por otro lado, el libro afirma que la metodología debe considerar la variedad, adaptabilidad y flexibilidad. Asimismo, debe seguir el modelo de Jesús y su metodología que transformó a sus discípulos en ciudadanos del reino. Por lo tanto, se espera que la ‘transposición didáctica’ de todo maestro permita el mejor aprendizaje del estudiante.

El libro hace una comparación de las corrientes didácticas y la cosmovisión bíblica. Cuestiona a la tradición clásica ya que en ella la educación era un fin en sí mismo; en cambio la de Israel era integral y un medio de salvación. Observa que la escuela activa por enfocarse en el estudiante como el centro de la educación; en cambio, dice que la cosmovisión cristiana considera que el fin de la educación es restaurar la imagen Dios en el hombre mediante el servicio abnegado. Cree que las corrientes cognitivas y tecnicistas generalmente se concentran en la conducta y el adiestramiento; en cambio, la cosmovisión bíblica destaca la enseñanza de principios a fin de que el educando se desarrolle en forma responsable delante de Dios. Valora que la perspectiva práctica concuerde, en cierto grado, con la cosmovisión bíblica ya que coincide en darle al maestro mayor espacio a quien considera como el agente que guía el aprendizaje. Finalmente, objeta a la perspectiva sociocultural por darle más importancia a la realidad y la cultura; en cambio, afirma que la cosmovisión bíblica las respeta, pero considera cree que el fundamento de todo contenido educativo debe ser la Escritura.

El libro considera que las estrategias didácticas empleadas por Jesucristo habrían sido las siguientes: enfoque integral, método inductivo, método de diálogo reflexivo, narrativa, aprendizaje significativo y evaluación positiva y esperanzadora. Cristo poseía conocimiento profundo, carisma para crear un ambiente de aprendizaje, habilidad para transmitir su enseñanza y propósito definido. De la misma forma, la educación adventista propone que un ambiente de aprendizaje debe atender el aspecto emocional, físico, valórico-espiritual, cognitivo, metodológico e institucional. En este ambiente, deben seguirse principios bien establecidos como la repetición, combinación, expresión, construcción, claridad y el buen uso del error. También debe propiciarse el aprendizaje para la vida, para la comprensión; el apren-

dizaje motor, emocional, colaborativo; el aprendizaje para el servicio, basado en problemas y para la era digital. Para desarrollar el aprendizaje profundo considera el ciclo natural del cerebro y toma como referencia el modelo de Kolb.

El libro propone el modelo didáctico IASD (Inspirar, Analizar, Sintetizar, Desarrollar) para el ciclo del aprendizaje. Según su perspectiva, la fase de inspiración “busca despertar el interés y la curiosidad de los estudiantes a través de experiencias multisensoriales que activen la corteza sensorial del cerebro” (p. 127). En esta etapa se conecta con el cerebro con el tema a tratar. En la fase de ‘análisis’ se busca que los estudiantes utilicen su capacidad de evaluación sobre la información y desarrolle el pensamiento crítico. En la fase de ‘síntesis’ se busca la “reflexión metacognitiva y aplicación de los conocimientos adquiridos” (p. 128). En esta etapa el conocimiento se emplea para tomar decisiones. Finalmente, en la fase de ‘desarrollo’ se busca que los estudiantes apliquen creativa y críticamente lo aprendido en una situación.

Aunque la propuesta didáctica IASD es novedosa y entusiasta; parece un poco forzada ya que acomoda los momentos didácticos a la sigla castellana que no sería posible en otra lengua. Creo, más bien, que debe considerarse solamente como una propuesta y no prescindir de otras conocidas que consideran el aprendizaje natural del cerebro. El texto también afirma que Jesús “utilizó en su enseñanza los principios de aprendizaje natural del cerebro, evidenciados en las fases de inspirar, analizar, sintetizar y desarrollar” (p. 132). Creo, más bien, que el Maestro empleó diversos métodos didácticos incluso antes de la existencia de la IASD y de manera creativa. Por tanto, creo que el libro, en esta sección, emplea pasajes soteriológicos para ejemplos didácticos lo cual es un *non sequitur*.

El quinto capítulo es una perspectiva sobre la evaluación desde la cosmovisión bíblica adventista. Se divide en dos partes: en la primera presenta la cosmovisión bíblica sobre la evaluación y su relación con la formación del carácter; la segunda considera los aspectos más importantes de la evaluación del aprendizaje. Es un abordaje pertinente ya que la evaluación es uno de los aspectos periliagos de la educación.

Según la perspectiva bíblica existen pasajes donde se ve una evaluación divina intencionada, con propósito, planificada, concordante con el proceso de enseñanza y aprendizaje, procesual, evidenciable, útil y decisoria. Dios hace valoraciones de la realidad; por ejemplo: valora su creación; y establece criterios de obediencia al ser humano. Luego de la caída, el ser humano es evaluado. En esta condición, “la evaluación de Dios tiene un propósito redentor... demuestra que su propósito al evaluar no es condenar, sino transformar” (p. 138). Lo mismo se ve en el diluvio, la vida de Abraham, Moisés y otros. Jesús estableció un tipo de evaluación máxima cuando dijo que la norma en el juicio sería el amor a Dios y al prójimo,

fundamento de su ley. Su propia vida fue un ejemplo de abnegación por lo que fue aprobado por su Padre. Advirtió que Dios tiene límites y cada uno puede decidir su eternidad. Puede decirse que Dios es el evaluador por excelencia, el ser humano es el evaluado, y el objeto a evaluarse es el carácter. Por tanto, la evaluación debe centrarse en la edificación del carácter y espera la cooperación de padres y maestros.

Por otro lado, la evaluación como una práctica educativa, implica el aprendizaje como un elemento esencial de componentes y procesos. La evaluación ‘diagnóstica’ permite observar la realidad y direccionar el contenido; es útil y debe administrarse en forma permanente. La evaluación ‘sumativa’ permite observar el logro del estudiante; por ello, debe guiarse cuidadosamente y no centralizar todo el aprendizaje. La evaluación ‘formativa’ permite observar a cada estudiante y su aprendizaje; esta es la evaluación más efectiva y tiene relación con el enfoque redentivo de la educación adventista. Además, la literatura al respecto es abundante. En cuanto a técnicas y procedimientos de evaluación, el libro no ofrece mayores novedades, excepto en enfatizar en la naturaleza de la evaluación ‘redentiva’. Aunque la intención del texto es proponer una evaluación ideal, su materialización implica considerar elementos diversos. Probablemente en la realidad escolar, incluso de las instituciones adventistas, se sigue evaluando de la misma manera que en otros sistemas educativos. Aunque la propuesta parece romántica, puede implementarse mediante un sistema que articule en forma equivalente el conocimiento, conducta, ética y servicio, elementos inherentes de una evaluación integral.

SAULO CRUZ

 <https://orcid.org/0009-0009-9752-9958>

Misión Peruana del Norte
saulocruz@upeu.edu.pe